
Cristina Puga

*KARL MANNHEIM:
crítica de la democracia
y discurso planificador*

El moderno discurso de la planificación social tiene uno de sus fundamentos más estructurados en los trabajos de la etapa "inglesa" de Karl Mannheim. En efecto, el ascenso del fascismo que a la larga llevó al sociólogo alemán a abandonar su país para instalarse definitivamente en Inglaterra, fue causa también de que orientara sus reflexiones por nuevos caminos, distintos a los de la sociología del conocimiento que hasta ese momento había sido el eje de su investigación sociológica.¹

A partir de 1933, Mannheim trabaja en torno a dos cuestiones principales: la irrupción de las masas en la vida política y la fragilidad de la democracia moderna. Se trata de dos temas que para él están profundamente relacionados y que intenta abordar desde una perspectiva que, a través del conocimiento aportado por los avances de la sociología lo lleve no únicamente a un análisis objetivo de la problemática social sino principalmente, "a esbozar las líneas directrices de una reconstrucción racional y democrática de la sociedad".²

La preservación de la democracia es tan importante que hace pasar a segundo término cualquier otra bandera política. El futuro del mundo moderno, sostiene Mannheim en la larga serie de ensayos escritos entre 1933 y 1947, se presenta cada vez más como una disyuntiva entre la de-

¹ Cf. Mannheim, K. *Ideología y Utopía*. Aguilar, Madrid, 1973. Este trabajo, escrito entre 1929 y 1931 sintetiza sus ideas respecto al tema, desarrollados desde 1922.

² Zeitlin, Irvin, *Ideología y Teoría Sociológica*, Amorrortu, B. Aires, 1972, p. 318.

mocracia y la dictadura. En tal situación la alternativa entre socialismo y capitalismo debería esperar, quizá, tiempos mejores.

De esta manera Mannheim, cuyas teorías sobre la ideología han sido alguna vez calificadas por Raymond Aron de “marxismo burgués”,³ se convertía en un defensor del capitalismo, sistema al que concedía posibilidades de supervivencia a condición de impulsar reformas en la política y la ideología.

De acuerdo con sus tesis, la responsabilidad primordial de aquellos privilegiados que se sitúan en una esfera intelectual y política superior, debe ser la de preservar la estructura democrática, defenderla de los incontrolables avances del fascismo y al mismo tiempo, encontrar la forma de proteger, en contra de la manipulación y la dictadura, a las masas inermes y vulnerables. En función de ello, su “diagnóstico social” postula la educación y el control racional de la técnica como elementos iniciales de un extenso programa que entienda y aproveche la disyuntiva actual a la que se enfrenta el mundo moderno.

“Estamos viviendo en una época de transición del *laissez-faire* a una sociedad planificada. La sociedad planificada futura puede tener una de estas dos formas: la dominación de una minoría mediante una dictadura o un nuevo tipo de gobierno que esté todavía regulado de manera democrática, no obstante el aumento de su poder.”⁴

Dos son pues, los grandes apartados en que puede dividirse la obra de Mannheim en su “etapa inglesa”: uno, el que contiene el análisis agudo y sugerente de la democracia, de la sociedad de masas y del poder de las élites; otro, quizá menos afortunado, el de su propuesta concreta de transformación —adaptación— de la sociedad capitalista a través de la “planificación democrática”

La democracia contradictoria

La moderna sociedad industrial, opina Mannheim en 1947, se encuentra en un proceso de desintegración cuyas causas complejas van desde el simple aumento numérico de la población, hasta el debilitamiento de las personalidades inmersas en la burocracia capitalista. Elemento definitorio de la crisis es la democracia misma, en la que el autor alemán descubría, al mismo tiempo que la promesa de una sociedad más justa y gratificante para el individuo, la posibilidad, terriblemente cercana

³ Aron, Raymond, *La sociología alemana contemporánea*. Paidós, Buenos Aires, 1965, p. 91.

⁴ Mannheim, K. *Diagnóstico de nuestro tiempo*, FCE, México, 1978, p. 9. (*Diagnosis of Our Time*, 1943).

del ascenso de la dictadura y el imperio de lo irracional, posibilidades ambas inscritas en el ámbito peligroso de la moderna sociedad de masas.⁵

El temor de Mannheim a la capacidad de movilización de las masas a partir de impulsos irracionales, conduce a autores como Kornhauser a clasificarlo dentro de la corriente, “aristocratizante” entre los teóricos de la sociedad de masas.⁶

Kornhauser se refiere básicamente a la afirmación, repetida en varios de los ensayos de Mannheim, en el sentido de que el desarrollo de la democracia permitió el acceso a la cultura y a la política a grupos sociales que habían permanecido al margen durante siglos, lo cual significó —al menos en Europa— una creciente pérdida de homogeneidad en la élite gobernante, que fácilmente podía resultar en una situación política compleja y aún crítica.

“Cuando la democracia política se amplía y nuevos grupos intervienen en el campo de la lucha política, su actividad impetuosa puede desembocar en crisis y en situaciones de ahogo ... ante las cuales los mecanismos de la decisión política se encuentran paralizados. El cortocircuito del proceso puede entonces prolongarse tanto como para que este entre en una fase dictatorial. Este peligro amenaza, precisamente a aquellas sociedades en las que la democracia alcanza repentinamente su pleno desarrollo...”⁷

¿De qué situaciones de ahogo se trata? Mannheim menciona cuando menos dos, ambas relacionadas con esta pérdida de control político por parte de la élite: una, cuando al integrarse a la élite los nuevos grupos, inexpertos en la toma de decisiones, confunden e impiden la acción de los grupos anteriores más avezados en estas cuestiones. La otra, cuando las élites se multiplican en la sociedad abierta con la consecuencia de una falta de liderazgo que, en un momento dado, “brinda oportunidades a los grupos con ambiciones territoriales”.

Es claro, como se desprende de esta cita, que la situación reinante en Alemania e Italia orientaba las afirmaciones del sociólogo alemán. El

⁵ Mannheim, K. *Libertad, poder y planificación democrática*, FCE, México, 1974, pp. 234 y sigs. (*Freedom, Power and Democratic Planning* Oxford Univ. Press, N. York, 1950).

⁶ Kornhauser, Aspectos políticos de la sociedad de masas, Amorrortu, Buenos Aires, 1969, p. 22.

⁷ Mannheim, K. “La democratización de la cultura”, en *Ensayos de sociología de la cultura*, Aguilar, Madrid, 1963, p. 244.

Los ensayos fueron escritos hacia 1933, pero su publicación póstuma se hizo hasta 1956, bajo el título de *Essays on the Sociology of Culture*, en Londres.

fascismo constituía una experiencia tan radicalmente nueva e inesperada que todas las teorías de la democracia carecían de elementos para explicarla. Dos hechos en torno a ella parecen haber llamado la atención del análisis de Mannheim: la irracionalidad del proceso y la importancia del voto democrático en el ascenso de Hitler al poder.* Uno minaba su fé en la capacidad política de las masas; el otro lo enfrentaba a las contradicciones internas de la democracia.

“Las democracias, en general, no son destruídas por enemigos no democráticos: se desploman como resultado del trabajo de innumerables factores de autoneutralización que se desarrollan dentro del sistema mismo.”⁸

La democracia es contradictoria, en primer lugar, porque la libertad individual que es su supuesto básico, es limitada y encauzada a través de sistemas de representatividad de la elección de minorías dirigentes. Esto es: la democracia crea sus propias élites. En segundo lugar, porque al asumir la igualdad ontológica de los individuos, la democracia plantea la necesidad de una constante discusión que considere todos los puntos de vista, lo cual lleva a una situación en la que “la solidaridad social debe volverse a conquistar a cada momento, en medio de conflictos y tensiones” y que encierra el peligro de que, a la larga, no triunfen las corrientes más democráticas sino precisamente las opuestas. Aparentes voceros de las “necesidades estadísticas” de las mayorías, las corrientes antidemocráticas se valen de la propaganda y de la tendencia de los individuos a sumergir su capacidad de opinión en el anonimato de las masas, para imponerse como fuerzas políticas dominantes.

El “aristocratismo” de Mannheim no es, pues, como el de Ortega y Gasset, una posición derivada del temor de la élite al ascenso de las masas que amenazan con destruir, al vulgarizarlo, un modo de vida, un nivel cultural, un orden político. Constituye más bien una preocupación en torno a la necesidad de preservar a la democracia en contra del potencial destructivo que ella misma encierra.

¿Debemos deducir de ello que Mannheim consideraba la participación amplia de la sociedad como perjudicial *per se*? No necesariamente. Su preocupación se centraba fundamentalmente en el problema de la preparación del pueblo para la democracia.

A la naturaleza contradictoria de la democracia, dice Mannheim, hay que sumar la ignorancia e impreparación de los pueblos para ella, es de-

* Aunque este último nunca es mencionado explícitamente, se deduce de sus afirmaciones.

⁸ *Ibid*, p. 247.

cir, para la elección razonada entre distintas opciones, que hace a los hombres víctimas fáciles de aquella propaganda que apela a los impulsos más irracionales. Al individuo se le exige una elección racional cuando durante siglos la educación ha estado orientada en función de valores emocionales y no de procesos racionales. Existe, por ello una crisis de valores que se relaciona directamente con los riesgos de la democracia y las posibilidades de la respuesta planificadora.

La Crisis de Valores

En *El hombre y la sociedad en época de crisis* (1935), Mannheim define la crisis de los valores en términos de un conflicto de racionalidad. Encuentra que existe un grave desequilibrio entre, por un lado, los avances de la ciencia y la técnica que conforman una sociedad cada vez más fundada en la razón y por el otro, el desarrollo, mucho más lento, de la capacidad de autodominio racional en el hombre, desproporcionalidad que lleva al enfrentamiento del progreso técnico con el progreso moral de los individuos.

Herederero teórico de Weber, más que de Marx, al que abandona progresivamente a partir de *Ideología y Utopía*, Mannheim centra su análisis en la racionalidad definida como la acción de acuerdo a fines: “La racionalidad de una serie de actividades presenta, pues, para nosotros, dos criterios: a) la organización funcional para un fin y b) una consiguiente calculabilidad desde el punto de vista de un espectador o un tercero dispuesto a intervenir”.⁹

La sociedad industrial moderna, en la medida en que avanza la división del trabajo y la organización económica, tiende a un aumento de la racionalidad y, con ello, de las posibilidades de previsión en cada vez más esferas de la actividad humana. Esto, a lo que Mannheim llama la *racionalidad social*, a su vez obliga al individuo a la *autorracionalización*, clave de la supervivencia en situaciones progresivamente difíciles que obligan a la organización interna de los hombres.

“La reflexividad es, en la mayoría de los casos, un órgano de la vida exigido para seguir viviendo, en cuanto nos ayuda a adaptarnos mediante la transformación interior a nuevas situaciones a cuya complejidad sucumbe el hombre ingenuo, irreflexivo.”¹⁰

⁹ Mannheim, K. *El hombre y la sociedad en época de crisis*. La Pléyade, Buenos Aires, 1969, pp. 40-41. (*Man and Society in an Age of Reconstruction*, N. York, 1940)

¹⁰ *Ibid*, p. 46.

Sin embargo, la racionalidad global tiende a dificultar la racionalidad sustancial del individuo al eximirlo “del pensamiento, de la inteligencia, de la responsabilidad y traspasar esas facultades a los individuos que dirigen la racionalización.”¹¹ La burocratización, tal como la analizó Weber, aunada al control de la técnica y de un aparato militar crecientemente complejo por grupos de expertos cada vez más pequeños, llevan a una agudización de este abismo entre la élite poseedora del conocimiento, directora del proceso racional y el hombre medio, incapaz de enfrentar racionalmente la crisis.

Mannheim encuentra que el periodo del liberalismo, con sus unidades económicas pequeñas, su intelectualidad independiente y sus élites amplias, ofreció mayores posibilidades de desarrollo sustancial que la sociedad actual que tiende “a potenciar los modos de conducta más contradictorios en la vida social”.¹² En su desprotección frente a las crisis sociales, el individuo de hoy se asemeja al hombre primitivo frente a los elementos y tiende a reaccionar en la misma forma ciega e impulsiva que aquel lo hacía.

En *Diagnóstico de nuestro tiempo*, Mannheim replantea el problema dando preeminencia al aspecto axiológico. Existe, afirma, una confusión valorativa que es aprovechada por “un enemigo cuyo sistema de valores se encuentra deliberadamente simplificado con el propósito de lograr decisiones rápidas.”¹³ Afirma que el tránsito del mundo preindustrial a la sociedad capitalista moderna, implicó la violenta desintegración de un sistema de valores basados en el amor al prójimo (posible sólo en comunidades pequeñas) en la propiedad como sistema de protección y no de injusticia social; en el prestigio artesanal, y en la tradición y Dios como fuentes supremas de autoridad. Al mismo tiempo, los procesos migratorios favorecieron el intercambio entre grupos sociales distintos y ocasionaron que con frecuencia los individuos se vieran obligados a adaptarse a sistemas de valores radicalmente distintos a los propios.¹⁴

A este confundido y precario sistema de valores que predomina en el sistema educativo occidental, Mannheim opone la enseñanza de la sociología como visión racional del mundo:

“...es imposible la supervivencia de la democracia si en ella se olvida la ciencia de la sociedad, ciencia igualmente necesaria como guía para los que gobiernan y para los que tienen que juzgar las

¹¹ *Ibid*, p. 46.

¹² *Ibid*, p. 47.

¹³ Mannheim, K. *Diagnóstico de nuestro tiempo*, *Op. Cit.*, p. 26.

¹⁴ *Ibid*, pp. 26-34.

realizaciones de los primeros como parte de un esquema coherente de reforma. Las masas ineducadas y no informadas de hoy, son un peligro mayor para el mantenimiento de un orden cualquiera, que la clase con una orientación consciente y con expectativas razonables...”¹⁵

Como visión racional del mundo, la sociología, con todas sus técnicas, puede convertirse también en un arma formidable en contra de la democracia, cuando menos sin escrúpulos la utilizan para la manipulación y el mantenimiento de poderes dictatoriales. No es otra cosa lo que ha ocurrido, según Mannheim, en los países fascistas y en los Estados comunistas en donde “las técnicas de la revolución quedaron a la zaga de las técnicas de gobierno”.¹⁶

Recoge así el problema ya mencionado de la monopolización del saber que conduce a un progresivo divorcio entre el hombre masa y la élite poseedora del conocimiento. Se trata precisamente, de romper la contradicción entre racionalidad social e irracionalidad individual.

Por ello, es vital adecuar la educación proporcionando a los estudiantes una preparación universal que los capacite en los métodos de síntesis y les otorgue una visión crítica del mundo; estimulando la discusión en torno a cuestiones polémicas y evitando la falsa neutralidad que se esconde tras de una aparente tolerancia y objetividad.¹⁷ Al mismo tiempo, el conjunto de los individuos debe apropiarse de las técnicas sociales y “guiarlas en la dirección adecuada” para frenar las tendencias dictatoriales que ellas mismas encierran.

La planificación democrática

Desde un punto de vista similar al que lleva a Schumpeter a predecir el advenimiento progresivo del socialismo como consecuencia lógica del desarrollo monopólico y de la complejidad de la organización industrial¹⁸ Mannheim considera la *planificación* como una tendencia inevitable de la sociedad capitalista, incapaz de sostener por más tiempo el régimen de *laissez-faire*, necesitado de la intervención ordenadora del Estado en la economía y, por extensión, en todos los ámbitos de la so-

¹⁵ *Ibid*, p. 64.

¹⁶ *Ibid*, p. 22.

¹⁷ *Ibid*, p. 93 y sigs. Se refiere básicamente a la educación en Inglaterra.

¹⁸ Schumpeter J.A. *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, Madrid Aguilar, 1971, cf. pp. 95-219.

ciudad. Lo que importa es, pues, no tanto el aceptar o rechazar lo inevitable sino el dirigir y otorgar un sentido a la planificación. Es preciso que la sociedad planificada esté al servicio de las mayorías y no se traduzca en la concentración del poder en manos de unos cuantos. “Tercer camino entre el *laissez-faire* y la regimentación totalitaria”, la planificación deberá consistir

“...bien en encontrar nuevas maneras de liberar a los controles sociales genuinos y espontáneos de los efectos desintegradores de la sociedad de masas, bien en inventar técnicas nuevas que realicen la función de la autorregulación democrática en un plano más elevado de conciencia y de organización deliberada.”¹⁹

La planificación conlleva la tarea de enfrentar con la razón a la irracionalidad social, de combatir la tendencia desintegradora y atomizante de la sociedad de masas con el autocontrol, ejercido en forma voluntaria y consciente por el conjunto de la sociedad.

Para lograr lo anterior —sostuvo Mannheim— se requieren cambios en la educación y en la ideología, pero también en la estructura social. La justicia social debe dejar de ser una cuestión ética para convertirse en una “condición de funcionamiento del sistema democrático”. Al mismo tiempo, la democracia deberá ser “militante” en un sentido político (“capaz de ofrecer orientaciones para la reconstrucción social y la reorganización del orden mundial con un espíritu completamente nuevo”) y en un sentido social y aún moral: “en defensa del procedimiento de cambio social tenido comúnmente por justo y de aquellos valores y virtudes básicos —fraternidad, ayuda mutua, decencia, justicia social, libertad, respeto por la persona, etcétera— que son los fundamentos del funcionamiento pacífico de un orden social.”²⁰

Todas estas formulaciones, sin embargo, no pasaban de ser un conjunto de buenas intenciones sin mayor posibilidad de llevarse a la práctica que la delimitada por la buena voluntad de los ciudadanos. Para que la planificación cobrara sentido era necesario precisar los términos concretos de la democracia concebida como práctica social y no exclusivamente en su dimensión político-jurídica. Ahí estaba el contenido real de la planificación. En artículos y conferencias, Mannheim insistió más bien en el aspecto valorativo y afirmó su fé en la capacidad de las élites intelectuales para llevar adelante los cambios necesarios²¹ pero el contenido de la propuesta global no apareció sino después de su muer-

¹⁹ Mannheim, K. *Diagnóstico de nuestro tiempo*, p. 41.

²⁰ *Ibid.*, p. 17.

²¹ *Cf. Ibid.*

te, en una serie de apuntes editados póstumamente bajo el título de *Libertad, poder y planificación democrática*. Ahí ciertamente se enumeran una serie de aspectos operativos de un proyecto planificador que Zeitlin ha definido como mezcla de medidas keynesianas y socialdemócratas:²² fuerte gobierno centralizado con poder para llevar a cabo acciones globales y para coordinar la planificación a la manera del New Deal rooseveltiano; descentralización de las funciones secundarias para garantizar el funcionamiento democrático en comunidades medianas y pequeñas; reducción de la distancia entre gobierno y comunidad para que el control del orden se entienda como servicio y no como represión; control de las fuerzas armadas así como de la prensa y la radio por el Estado, y cuidadoso reclutamiento de funcionarios públicos con base a concursos de oposición que garanticen un cuerpo burocrático “técnicamente competente, administrativamente centralizado y políticamente sano.”²³

En cuanto a la economía, la propuesta de Mannheim se reduce a una serie de medidas tan generales como control de monopolios, maximización de la capacidad productiva, control de las tasas de interés, compensado por la realización de obras públicas por parte del Estado, todo lo cual tiende a un sistema “mixto”, “...que reserve a las empresas privadas las esferas de mayor iniciativa y novedad y sujete a la propiedad o el control públicos las industrias básicas, como la de la energía en sus distintas formas, los transportes, las minas y la distribución de los artículos de primera necesidad.”²⁴ Esta solución económica que Mannheim encontraba como tendencia ya existente en los países industriales, “deberá avanzar a grandes pasos por el camino de la estabilidad económica sin causar perjuicios a las fuerzas dinámicas que luchan por el progreso y la expansión.”²⁵

Lo anterior apunta a la necesidad de una adecuación del capitalismo a las necesidades sociales de tal manera que, sin transformar el sistema sea posible su supervivencia en un marco de democracia y tranquilidad social. Las bases económicas, sin embargo, se mantendrían incólumes:

“Ninguna de estas medidas —las inversiones públicas de compensación, los cambios en el interés, la redistribución gradual de la riqueza o los ingresos, o incluso la formación de un Sistema Mixto va en contra de las bases de nuestra economía tradicional, a saber,

²² Zeitlin. *Op. cit.*, p. 357.

²³ Mannheim, *Libertad, poder y planificación democrática*, p. 145 y sigs.

²⁴ *Ibid.*, p. 158.

²⁵ *Ibid.*

el mecanismo de los precios, la libre competencia y el predominio de la propiedad privada de los medios de producción. Dejando aparte los intereses de los monopolios que no encontrarán gran apoyo en una sociedad democrática, ninguno de los grupos sociales predominantes tienen motivo para sentirse amenazados por la aplicación de tales medidas. Por el contrario, el aumento del consumo de las masas, deberá estabilizar la posición de los negocios, las comunidades agrícolas y las clases medias y profesionales, creando con ello, la base económica de la cooperación política de la inmensa mayoría de los individuos.”²⁶

Quizá innovador para Europa en el año en que Mannheim lo formula, su programa de reformas económicas no parece ofrecer nada nuevo al capitalismo moderno. Irvin Zeitlin califica el esquema de “bien intencionado, pero ingenuo”, “resultado de una inclinación tecnocrática que le llevó (a Mannheim) a contemplar el cambio social primordialmente como un problema técnico-científico.”²⁷

Lo cierto es que, al sostener como imperativa una transformación de la sociedad pero no proponer un cambio global en la estructura económica, Mannheim debió necesariamente reducir su propuesta al nivel superestructural, que era finalmente en el que había reducido la mayor parte de su análisis. La transformación, de acuerdo con su propuesta, no se daría en la esfera de la economía sino en la de los valores: en la ideología. La planificación implica un proceso previo de educación que unifique las conciencias en la defensa de la democracia y en la realización de un esfuerzo común.

No se trata de un proceso de adoctrinamiento, asegura, sino de encontrar “los factores que hacen funcionar el proceso espontáneo de la formación de valores”²⁸ para entonces poder llevar a cabo las medidas planificadoras. Tres afirmaciones lo guían en este sentido: 1. las democracias deben abandonar su falta de interés hacia los valores y reconocer que la unidad social surgida en la coyuntura de la lucha contra el fascismo, “ha obligado a acentuar tanto los elementos unificadores en nuestro sistema democrático como el desarrollo progresivo de las consecuencias sociales implícitas en la democracia.”²⁹ 2. Es necesario llevar a las conciencias la idea de que la democracia sólo puede existir “si la disciplina individual es lo suficientemente fuerte para que la gente pueda llegar a un acuerdo en cuestiones concretas con el fin de lograr una

²⁶ *Ibid*, p. 159.

²⁷ Zeitlin, *Op. cit.*, p. 349.

²⁸ Mannheim, K. *Diagnóstico de nuestro tiempo*, p. 44.

²⁹ *Ibid.*, p. 43.

acción común.”³⁰ Este punto se extiende, en otros textos, al problema de la libertad de los partidos que, de acuerdo con lo anterior, debe estar autolimitada responsablemente para evitar enfrentamientos que conduzcan a fortalecer las ideologías represivas y fascistas. 3. Finalmente, hay que armonizar los deberes básicos de una sociedad con sus instituciones y su sistema educativo, lo cual implica una filosofía común y una concentración de esfuerzos en puntos cruciales.

“El punto fundamental en todas estas sugerencias es que la democracia no significa necesariamente una sociedad sin forma, una sociedad sin una política sobre los valores, sino una en la cual tiene lugar de modo continuo la integración del consenso en planos diferentes.”³¹

Y añade un poco más adelante:

“Es necesario que la divergencia de orientaciones valorativas se suplemente mediante un aparato de coordinación y mediación de valores que culmine en una política respecto a ellos, colectivamente consentida, sin la cual la sociedad no puede subsistir.”³²

Para reforzar su tesis, Mannheim acude a los mecanismos sociales, psicológicos e institucionales utilizados por las democracias en épocas de guerra y que en un momento histórico han servido para unificar los intereses diversos de una sociedad, en contra de un enemigo común. Su preocupación en torno al problema lo llevaría a explorar diversas opciones, desde la importancia de la religión en la formación de un consenso hasta las técnicas relativamente nuevas de la psicología social. Su interés primordial se centrará finalmente en la educación, a cuyo estudio dedica los últimos años de su vida y que ya desde sus primeras reflexiones sobre el tema se perfila como solución última, no sólo en tanto posibilidad unificadora de los valores sociales, sino también como único medio de evitar la concentración del conocimiento y el poder derivado de esa concentración en una élite pequeña.

Ya en 1935 había afirmado que la educación era la única salida a la irracionalidad implícita en el proceso masificador de la sociedad:

“Seguramente un precio enorme de sufrimiento ha de ser pagado antes de que las masas se desprendan de sus ilusiones y lleguen a

³⁰ Mannheim, *Diagnóstico...* *Op. cit.*, p. 43.

³¹ *Ibid.* C.P. 46.

³² *Ibid.*

ser tan instruídas y orientadas por la realidad como han sido las minorías.”³³

Añadía que correspondía a esos grupos dirigentes el adelantar este proceso mediante un programa acelerado de instrucción y enseñanza: “La democratización del espíritu es la tarea más importante del pleno desarrollo de la democracia” —concluía.³⁴

Más desarrollada la tesis de la planificación y relativamente abandonada la perspectiva hegeliana, para adoptar la sociología moderna como posibilidad explicativa, Mannheim sostuvo las posibilidades de la educación como instrumento fundamental del cambio hacia una sociedad organizada en términos racionales. Sería precisamente a través de ella que se producirá la generación “espontánea” de valores, elemento clave en la planificación. Mejorar los procesos educativos, utilizar las nuevas técnicas de medición de la inteligencia y de la orientación psicológica, llevará no solamente a una extensión de la racionalidad social al conjunto de la sociedad sino a encontrar caminos para una mejor selección de las élites en función del conocimiento y de la calidad de éste. Se brindaba así una perspectiva de solución a otro problema planteado antes por el mismo Mannheim: “¿quién planifica a los planificadores?”.³⁵

Aceptada la necesidad de élites dirigentes como premisa de todo el razonamiento, corresponde proponer un proceso educativo que se extienda a la sociedad y la haga partícipe del conocimiento y al mismo tiempo intervenga para que esas élites se amplíen y se constituyan por los hombres más capaces. El conocimiento y control colectivos de las técnicas sociales deberá a su vez evitar el que éstas sirvan a las mismas élites como instrumentos de manipulación.³⁶

¿Democracia o control social?

La confianza de Mannheim en la capacidad directora adquirida a través de la educación lo lleva a una visión saint-simoniana de la sociedad futura en la cual las élites tradicionales habrán sido reemplazadas por una clase tecnocrática destinada a llevar a cabo la transformación requerida por un mundo en crisis.

¿Estamos, pues, frente a un proyecto de extensión de la democracia

³³ “La democratización de la cultura”, *Ensayos, Op. Cit.*, p. 279.

³⁴ *Ibidem.*

³⁵ Mannheim, *El hombre y la sociedad en época de crisis*, cit.

³⁶ Mannheim, K. *Diagnóstico de nuestro tiempo. Op. cit.*, p. 22.

o se trata de una alternativa que lleva a un riguroso control social a cargo de una élite de tecnócratas? Ante la ambigüedad de las proposiciones de Mannheim cabe preguntarse si la educación, tal como él la plantea, contiene una posibilidad liberadora o si constituye más bien una forma sofisticada y efectiva de manipulación de las conciencias.

Zeitlin atribuye esta ambivalencia de Mannheim a su concepción elitista de la democracia que le impide pensar en una sociedad carente de dirección intelectual;³⁷ observación justa si a ella se añade otro elemento: el de la convicción, presente en todos los textos de Mannheim mencionados, de que la universalidad de ciertos valores basta para unificar a los hombres.

Desde este punto de vista, el papel de la educación y los medios de difusión de las ideas debe consistir precisamente en la promoción de esos valores hasta su interiorización por parte de los individuos. En este proceso, es claro que algunos más capacitados intelectual y culturalmente deberán fijar el camino, pero sólo a condición de que mantengan el consenso activo de la sociedad. La relación de las élites y las masas está determinada por la racionalidad y la fidelidad que se guarda a los valores universales de la democracia.

Por ello y a pesar del agudo y sugerente análisis de las democracias y de las dificultades a que se enfrentan en la moderna sociedad de masas, la propuesta transformadora de Mannheim pareciera diluirse en un tímido intento reformista, cuyo éxito residiría en la claridad de miras, la honestidad intrínseca y la lucidez intelectual de una élite directora del proceso. El papel activo de la sociedad se reduce casi al otorgamiento del consenso. Pero, ¿no es eso lo que ocurre en la realidad? Tal pareciera que el atractivo de las teorías de Mannheim está en la posibilidad de su recuperación por parte de la élite gobernante. Ciertamente el énfasis de su discurso en aspectos tales como la reorganización planificada de la sociedad; la selección cuidadosa de los individuos que integrarán las capas altas de la burocracia, y la necesidad de una política de valores que oriente moralmente a la sociedad, encuentra ecos importantes en los programas modernizadores y legitimadores de las democracias contemporáneas en el mundo capitalista. Sin embargo, la condición que en algún momento Mannheim considera primordial para la supervivencia de la democracia: la extensión del conocimiento especializado y de las técnicas sociales hacia sectores amplios de la sociedad que, de esta manera se convertirían en vigilantes del proceso planificador, parece haberse orientado en sentido contrario. Cada vez menos hombres centralizan el saber y la técnica; cada vez más, la democracia se vuelve

³⁷ Zeitlin, *Op. cit.*

una situación puramente formal que no encubre tan sólo profundas diferencias económicas, sino la inmensa desigualdad en el ámbito del conocimiento y control del mundo contemporáneo.